

## Danton

(1982) Producción francesa escrita y dirigida por Andrzej Wajda

Tal vez no sea tarde para reseñar la gran película histórica de Andrzej Wajda sobre la Revolución francesa, que ha llegado a Colombia con seis años de retraso merced al olímpico desprecio de nuestros exhibidores por el cine del autor y al mismo tiempo por el cine europeo. Hace algún tiempo circuló otra versión sobre la tardía presentación comercial de *Danton*, a saber, que el gobierno de Varsovia a través de su Embajada en Bogotá manifestó su desagrado e insinuó su intención de tomar represalias si la Cinemateca Distrital proyectaba ésta y otras películas "políticas" del director polaco en el exilio. Esta hipótesis perversa se explica por la aparente apología de la experiencia de Solidaridad y de Lech Walesa que contendría la película de Wajda sobre el revolucionario francés, como si se tratase de una auténtica novela en clave. Sin descartar tal lectura conspirativa, el hecho es que estamos ante una reconstrucción espléndida de uno de los momentos estelares de la historia moderna. Y la lúcida reflexión de Wajda en torno al conflicto ético y político suscitado en la conducción del proceso revolucionario alcanza un tan elevado nivel artístico que *Danton* pertenece ya a la categoría de las mejores películas históricas de nuestro tiempo.

El filme está basado en una pieza teatral de un oscuro dramaturgo polaco pero parece inspirado en *La muerte de Danton*, el famoso drama del poeta alemán Georg Büchner (1813-1837), publicado en 1835 durante el apogeo de la historiografía romántica de la Revolución. Ello explica el énfasis de

la narración cinematográfica en las figuras arquetípicas de Danton, encarnación de la libertad y la pasión, y Robespierre, representación del poder y la ideología. Las simpatías del director están a todas luces con el fogoso orador girondino, cuyo trágico fin se nos presenta como un crimen judicial del Incorruptible y del Comité de Salud Pública. Mucho más si se tiene en cuenta que en la versión de Wajda el único personaje interpretado por un actor de prestigio internacional, el talentoso Gérard Depardieu, es precisamente el malogrado Danton. Y con frecuencia el relato filmico acentúa en exceso el contraste entre el buen carácter del protagonista y el mal carácter del antagonista, quien resulta una figura no solo atormentada sino además fastidiosa y desapacible para el espectador y que no corresponde exactamente a la verdad histórica sobre la personalidad del gran demagogo. Pero la historia es tan atractiva en su majestuosa fatalidad que la objetividad termina por imponerse a las preferencias y a los prejuicios del realizador, de tal suerte que la impresión final es la de un complejo cuadro de luces y sombras, una violenta lucha de caracteres e intereses, ideas y creencias, que acaba sobrepasando a los actores individuales del proceso y precipitándose en un nuevo régimen político que no responde en últimas a ningún designio particular. Hay, pues, un cierto materialismo, bien entendido, en la perspectiva que ha elegido Wajda para relatar la caída de Danton y el ascenso de Robespierre al poder supremo de la primera república francesa a lo largo del llamado período del Gran Terror en la

primavera de 1794. Pero la riqueza de elementos y fuerzas en conflicto que la película despliega para enmarcar el choque de los dos líderes revolucionarios no logra eliminar la "romantización" del protagonista y la mistificación de su gestión. Esta tensión dialéctica entre el carácter y la fuerza de las cosas, entre psicologismo e historicismo, atraviesa el filme y le confiere su calidad y al mismo tiempo su debilidad.

Conviene recordar que Georges Jacques Danton (1759-1794), abogado de provincia como Maximilien Robespierre (1758-1794), fue el líder máximo de la facción girondina o liberal de derecha que representaba a la gran burguesía moderada en la Convención revolucionaria francesa. Ministro de Justicia en el gobierno provisional establecido durante el período de transición que va de la caída de la monarquía (agosto 10 de 1792) a la consolidación del Comité de Salud Pública como órgano ejecutivo colegiado del nuevo régimen republicano (junio 2 de 1793), Danton, de quien no se conserva ningún escrito, nunca compartió el radicalismo intransigente de los jacobinos o montañeses, liberales de izquierda y agentes de la pequeña burguesía y del artesanado urbano. Por el contrario, después de haber propuesto a la Convención la creación del Tribunal Revolucionario y el Gran Comité o Comité de Salud Pública, que terminaría destruyéndolo, el dirigente girondino intentó negociar con los sectores aristocráticos aliados a las monarquías europeas en su complot contra la joven república del año II. Tal fue la causa de su conflicto con los

jacobinos, quienes consideraban injustificable transigir con los partidarios del Antiguo Régimen, así fuese so pretexto de preservar la unidad nacional en el seno de la Convención. Si a ello se suma su vida desordenada y ostentosa, que reñía abiertamente con la moral espartana y estoica del Invetido de Poderes, se tiene que la suerte de Danton quedó sellada tan pronto como la ideología de la disciplina republicana se convierte en doctrina oficial con la hegemonía del triunvirato de Robespierre, Saint-Just y Couthon sobre el Gran Comité, la Convención y Francia entera.

Exquisitamente ambientada e interpretada por un elenco de sólidos actores franceses y polacos, **Danton** se sitúa en las semanas anteriores al juicio, condena y ejecución del convencional de la Gironda, en los meses de marzo y abril de 1794. Y muestra en

detalle la intriga vertiginosa que condujo al puntilloso Robespierre y a su alter ego el arrogante Saint-Just, los dos inolvidables tribunos de la Revolución, a eliminar a la última de las facciones que obstaculizaba el camino del jacobinismo hacia la autoridad suprema de la república de la virtud. Dicha facción estaba constituida por los girondinos de Danton y los cordeleros de Desmoulins, todos ellos conciliadores y por eso mismo refractarios y sospechosos a los ojos del mesiánico liderazgo jacobino.

La fascinación que ejerce sobre tirios y troyanos una película histórica como el **Danton** de Andrzej Wajda proviene a la postre de esa cantera inagotable de la cual extrae sus materiales: la Revolución francesa, la madre de todas las revoluciones que en el mundo han sido, a la luz de la cual las otras no son más que segundas ediciones.

Aún más, si se piensa que la experiencia francesa de 1789 a 1799 se distingue por su carácter urbano y republicano, a diferencia de las revoluciones posteriores (la soviética, la cubana, la nicaragüense), todas ellas campesinas u obreras y socialistas, el influjo paradigmático de la república del año II con su despotismo de la libertad no ha disminuido entre nosotros. Y la trágica historia de la caída de Danton, en medio del duelo retórico que se libraba entonces para decidir el destino de la "santa humanidad" y de "Nuestro Señor el Género Humano", tiene la virtud de escenificar una vez más el espectáculo aleccionador de la Revolución, como Saturno, devorando a sus propios hijos.

**Hernando Valencia Villa.** Abogado, investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.